

Moscales 17 de Octubre 79

"El Universal."

¿Represión o Apertura?

Golpe en El Salvador

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

No se equivocaron quienes, creyendo en la teoría del dominó, pensaron que después de la caída de Somoza en Nicaragua el siguiente paso de la agitación social tendría que escenificarse en El Salvador. En los últimos dos años, particularmente, la crisis política que ha adquirido sangrientos perfiles en la pequeña nación centroamericana había venido preparando un punto culminante como este al que ahora se ha llegado.

No es debido abrigar esperanzas de un golpe que surge del interior mismo de unas fuerzas armadas, caracterizadas por la ferocidad con que han reprimido las tentativas populares de liberación. Se trata de un cuartelazo es decir, de un derrocamiento de Gobierno fraguado a espaldas de las fuerzas populares. Pero si hemos de recoger experiencias recientes en la historia latinoamericana, hemos de admitir que no basta ya el solo hecho de que un golpe de Estado surja de las sedes militares para configurar un régimen antidemocrático. A pesar de todo, hemos de reconocer que en Perú y en Panamá, y aun en Ecuador, las gestiones castrenses iniciadas en la última porción de la década anterior tuvieron un perfil diverso del fascista claro que impera en el cono sur.

Es preciso tener presente la situación salvadoreña para intentar una comprensión de la naturaleza del golpe. Hemos de recordar que la vocación de ese país por la democracia es casi una concepción teórica, pues a lo largo de su historia el país más pequeño de Centroamérica ha vivido inmerso en regímenes dictatoriales. En el siglo pasado, la sucesión del gobierno fue de tal modo rápida y abrupta, que el promedio de duración de ellos apenas llega a un año. En la época más reciente, puede válidamente decirse que salvo efímeros períodos en que florecieron tímidas iniciativas democráticas el Gobierno militar ha sido la constante en El Salvador, desde el comienzo de la década de los treinta.

A últimas fechas, sin embargo, la dureza del Gobierno se había extremado. Ciertamente, el depuesto gobierno del general Carlos Humberto Romero fue elegido en votación popular. Pero nadie se engaña respecto de la capacidad de dominio

que las Fuerzas Armadas tienen sobre el grueso de la población salvadoreña, primordialmente la rural. De manera que caeríamos en un gran engaño si nos limitáramos a calificar al régimen en virtud de su origen formal. No puede perderse de vista que la candidatura de Romero surgió en el grupo dominante como resultado de su activo papel en la represión de esfuerzos populares, ya no digamos por obtener más justas condiciones de vida, sino siquiera posibilidades mínimas de organización laboral en el campo y en la ciudad.

Las acciones represivas que sistemáticamente ha emprendido la Fuerza Armada salvadoreña generó actividades guerrilleras, por una parte, y por otro lado un terrorismo de derecha solapado por las propias fuerzas gubernamentales, conforme a un esquema que en la vecina Guatemala ha mostrado durante largo tiempo una eficacia siniestra. Justamente los golpistas de ayer se han levantado proclamando su decisión de poner fin a las acciones violentas de una y otra tendencias, en una equiparación que no se sostiene, pues si bien es cierto que ambas corrientes practican actitudes agresivas contrarias a la ley a la convivencia, las primeras tienen un sustento popular y una proyección política de los que carece la otra, que queda así reducida a la calidad de mero ejercicio criminal.

No parece, a pesar de ello, que la decisión de las fuerzas izquierdistas salvadoreñas de iniciar una insurrección general será coronada por el éxito. El derrocamiento de Romero es un golpe interno de las Fuerzas Armadas, pero no significa que ellas en su conjunto hayan perdido su capacidad de dominar la actual situación. Tal vez una posición contraria al maximalismo aconsejaría esperar a que el nuevo régimen denote claramente su actitud. no sería remoto, dado el origen social de las dirigentes del cuartelazo, que asistíramos a una nueva edición del nasserismo, que si bien en Perú ha fracasado, no dejó de ejercer una influencia renovadora en la gestión castrense en varios países latinoamericanos.

En suma: imposibilitadas como están para imponer por sí mismas, el

(CONTINUA EN LA PAGINA OCHO)

rumbo actual a la historia salvadoreña, las fuerzas de la izquierda, tanto las que han optado por la vía insurreccional como las que han elegido el más largo y arduo camino de la organización popular están obligadas a la espera; no a la espera paralizante, pero si a la que proporcione mayores elementos de juicio frente a la actuación de la junta recién instalada en el poder. Un error táctico en este momento, que las haga equiparar a priori a Romero con sus derrocadores tal vez tendría el efecto de retardar el inevitable ascenso popular al poder salvadoreño.